

LA PASIÓN NO SE ENSEÑA, PERO SE TRANSMITE¹

ENTREVISTA CON MÓNICA TARDUCCI²

MAYRA SOLEDAD VALCARCEL*

* Lic. en Ciencias Antropológicas (UBA). Doctoranda en Antropología Social, Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IIEGE, FFyL:UBA).
Correo electrónico: mayravalcarcel@yahoo.com.ar

El movimiento feminista se ha diversificado y pluralizado, irrumpiendo en la escena pública con su capacidad transformadora y cuestionadora. Su potencia incomoda y revoluciona cuerpos, deseos y epistemologías; ampliando demandas, derechos y horizontes. Comprender sus desafíos, asignaturas pendientes y construcciones políticas requiere reconocer su trayectoria y genealogía. ¿Qué sucedía, por ejemplo, cuando el feminismo era “mala palabra”? ¿Cómo era su vínculo con la academia y, especialmente, con la antropología? Mónica Tarducci nos comparte sus reflexiones al respecto, y de yapa, nos cuenta algunas anécdotas y experiencias de su recorrido como estudiante, profesora e investigadora. Es doctora en Ciencias Antropológicas por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA), directora del *Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género* (IIEGE) en la misma casa de estudios donde, además, se desempeña como profesora regular al igual que en la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) y la Universidad Nacional de Rosario (UNR) en la que dirige la *Maestría de Poder y sociedad desde la perspectiva de género*.



“La Tardu”, apodo que le otorgaron sus compañeras feministas y que sus hijas académicas han adoptado como propio, alguna vez dijo que, de no haber sido antropóloga, se hubiese dedicado a la arquitectura. Tal vez porque su padre era un artesano italiano de la construcción; de quién heredó su gusto por el tango.

Pasión sólo comparable y también compartida en familia por el séptimo arte. Cinefilia que se expresa en los guiños, analogías y humoradas que despliega durante

1 Guiño al texto elaborado por Tarducci y Daich (2010). “La pasión no se enseña. Transmitiendo el oficio de investigar con perspectiva de género”. Presentado en VI Jornadas de Sociología de la UNLP, 9 y 10 de diciembre de 2010, La Plata, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5033/ev.5033.pdf

2 Entrevista realizada el 9 de septiembre de 2019.

3 Tarducci, M, Trebisacce, C y Grammatico, K (2019). Cuando el feminismo era mala palabra. Algunas experiencias del feminismo porteño. Buenos Aires: Espacio

sus clases y conferencias. Aficionada a los vestidos de lino en *composé* con labiales y accesorios de su colección, las novelas policíacas y biografías de mujeres que disfruta en su escritorio o, lo que es lo mismo, *ese cuarto propio* que ha dado en llamar la habitación Simone de Beauvoir. Afirma que la antropología y el feminismo sólo son posibles si *ocupan la calle* y dialogan con actores y movimientos sociales.

Nos podrías contar cómo o porqué comenzaste a estudiar antropología y cómo era hacerlo en esa época

En un principio no estaba muy decidida si historia o antropología. Me gustaban las dos, pero lo que creo que definió mi decisión a los 17 años fue esa cuestión de lo “exótico”. Esta idea de conocer culturas diferentes... estudiar los *trobriand* por ejemplo. Aunque en ese entonces no sabía que existían las islas *Trobriand*. Eso me llamó la atención y me acuerdo de que había salido como novedad las guías que sacaba la Universidad de Buenos Aires con todas las carreras y sus materias. Cuando vi etnografía y el contenido de las materias, me decidí.

Yo entré a la facultad en 1972 y estaba todavía bajo la dictadura de Lanusse. Era una época difícil. Al entrar tuve examen de ingreso y tenía unas materias horribles. Con la vuelta de Perón, la universidad estaba atravesada por la militancia de izquierda y el peronismo. Mientras estoy hablando me acuerdo de una imagen: llevé a mi hermana - porque soy la primera universitaria de una familia que no lo es, hecho que se convirtió en todo un acontecimiento - porque quería conocer una facultad (que no sé a sus 9 años qué se imaginaba que sería una universidad) y cuando llegó a la calle Independencia ... una casa semi destruida con carteles que iban de techo al piso con la marcha peronista y la internacional sonando al mismo tiempo. No entendía nada, pobrecita. Lo que sí recuerdo que le gustó fue el Museo Etnográfico.

¿Cómo continuó tu trayectoria tanto en la docencia como en la práctica de la investigación dentro de la antropología?

Hay una cosa que ahora no se entiende muy bien y son las posibilidades - o al menos el conocimiento de estas - que tiene un/a alumno/a hoy en día. En aquel entonces la investigación era para algunos/as iniciados/as que estaban en contacto con profesores. Por ejemplo, durante mi generación quienes habían estudiado con Bórmida (personaje polémico si los hay) tuvieron acceso a CONICET que otras personas ni sabíamos que existía o que podíamos aplicar. Además, yo trabajaba 9 horas por día. Iba a la universidad muy poco tiempo. Tardé mucho en hacer la carrera y, por supuesto, que con la dictadura cívico-militar no había mucho incentivo para ir. Aparte tuve un hijo de muy jovencita, a los 23 años. Me terminé recibiendo con la democracia. Y ahí lo que pasa: es que recibirme coincidió con definirme feminista. Entonces tuve esa idea o deseo de llevar el feminismo a la universidad.

Siempre digo que tuve maestras y oportunidades. Beatriz Schumkler

me dio mi primer trabajo como investigadora en un tema que no me gustaba mucho, pero recuerdo dos cosas fundamentales. Ella había formado grupos de estudio muy actualizados durante la dictadura y siendo ella socióloga daba textos de antropología que me los pasaba mi amiga Adriana Piscitelli. Hice la primera investigación con ella y, al mismo tiempo, como tengo otra carrera que es auxiliar en bibliotecología comencé a trabajar en la *Subsecretaría de la Mujer* donde organicé el Centro de Documentación. Estuve durante la presidencia de Alfonsín y luego cuando ganó Menem entendí que no iba a ser un lugar para mí dadas las manifestaciones totalmente misóginas y discriminatorias. Por lo tanto, renuncié.

¿Qué pasó después?

Para esa época se abrió el CBC y estaban convocando antropólogas/os para la cátedra de Lischetti y hay que rescatar que cuando me tomó la entrevista y me preguntó qué tema pensaba trabajar, al responderle “*Antropología de la mujer*” - aterrada de que me señalara la puerta para que me fuera – me dijo “*qué bien, qué bien, yo vengo de Europa (del exilio), ahí es muy importante y se está estudiando mucho.*” con lo cual legitimó mi interés en el CBC. Entonces, yo aprovechaba y le daba en la materia alguna cosita. Después trabajé en otra materia en una carrera que se abría que era la de Comunicación en Sociales. Ahí trabajé dos o tres años hasta que se abrió la posibilidad de Olavarría. En la UBA era imposible obtener un cargo fijo. Si bien empecé a dar un seminario a principio de los ´90 que se llamaba Las otras discriminaciones, empecé a hacer carrera, digamos, en Olavarría. Me siento muy agradecida con la Universidad Nacional del Centro que me abrió una posibilidad y donde trabajé 15 años. Hacia el año 2000 quien era en ese momento directora del Departamento de Antropología de la UBA me invita a dar un seminario porque había una demanda de las alumnas y alumnos. Como yo tenía un cargo concursado en Olavarría podía dar un seminario electivo sin cobrar y es así como el 2000 marca mi regreso a la UBA.

Hablando justamente de ese regreso, ¿cómo fue abrir un espacio dentro de la Facultad de Filosofía y Letras para la Antropología Feminista? ¿Cuál fue el punto de partida? ¿Qué desafíos hubo que enfrentar y cuáles siguen vigentes?

En ese momento se nos miraba socarronamente. “Feminista” era una mala palabra. De hecho, mirá cómo sería que, a pesar de que ya estaba el Instituto de Estudios de Género, mi primer seminario tuvo que girar en torno al concepto de familia. Era un tema que igual yo estaba investigando, pero lo planteé que, por el lado de abordar parentesco y familia, podía entrar la cuestión de género. Ya después me largué más y se definió como Antropología feminista. Pero costó al principio. Había mucha resistencia, aunque también había colegas dispuestos/as a querer saber de qué se trataba. No se consideraba un tema legítimo. Entonces, por ejemplo, con Estela Grassi que luego concursó en Sociales en la carrera de Trabajo social en 1986, cuando colaboré con ella para un simposio, el Segundo Congreso de Antropología Social, se nos reían en la cara. En los ´90 en Rosario hicimos

una actividad de Antropología de género (ahí ya dejó de ser de Mujer para ser de Género) y tuvimos el apoyo de Dolores Juliano que presentó ahí y, además, claro, Dolores es todo una prócer de la Antropología en la Argentina, aunque hace años vive en Barcelona. No les quedó otra y tenían que venían a mirar, a ver qué era eso. Después el hecho de fortalecerme en Olavarría no es menor. Las universidades más nuevas son más abiertas o no tienen ese sistema tan burocratizado. Fundamos un Programa de Estudios sobre la Mujer que tengo la suerte de que sigue funcionando con mi amiga Patricia Pérez (alias la Pata) que quiero tanto. Una siente que sembró una semillita allá también. Siempre digo: *“porque hay un terreno fértil, sino no hubiera crecido ninguna planta”*.

¿Endeble?

Sí, endeble porque eran seminarios ocasionales. El primero fue en el 2000 hasta que en el 2006 largamos el seminario anual. Esa fue una idea creo, no quiero ser injusta, del Departamento. Porque también eso es interesante rescatar: el impulso de las alumnas y de algunos alumnos también que pedía hacer la tesis en temas de género. Desde ahí dábamos algunos aspectos teóricos fundamentales y después, de hecho, tengo la satisfacción de que varias cursantes de ese seminario forman parte de mi equipo y sean mis amigas personales. Es una satisfacción en doble sentido, tanto intelectual como afectivo.

Con relación a esto último, en varias conferencias y conversatorios has señalado esta diferencia de movimiento o de influjos entre tu generación y la actual. Advertías que si antes, de alguna manera, las académicas empezaron a llevar su militancia feminista desde la calle hacia la universidad, hoy en día muchas jóvenes nos aproximamos al feminismo dentro del mundo académico y desde allí tratamos de entablar puentes con distintos espacios sociales, de transferencia y militancia. ¿Podrías comentarnos un poco más sobre esta observación?

He escrito un par de cositas sobre esto. Pertenecer al movimiento, en mi caso al movimiento feminista, enriquece mi tarea como profesora. Me gusta mucho mencionar esa frase que se decía en los '70 sobre los *women studies* -como se los conocía en ese momento- como el brazo académico del movimiento feminista. En ese sentido, apropiarse de la historia del movimiento y de su actualidad para poder incorporarlo a las clases y ver que la teoría se construye a partir del movimiento, es decir, que ese movimiento social es el que incide en la academia. Es un principio que me interesa que quienes vayan a las clases lo tengan presente. El orgullo como profesora es poder inspirar y estimular. Quienes vienen de la academia a la calle y de la calle a la academia. Muchas jóvenes se reconocieron feministas en la universidad. Me parece que es un círculo muy interesante y que se daba muchísimo en años anteriores. Ahora con la marea verde ha habido un salto cualitativo y cuantitativo que tiene otros orígenes y que sería interesante indagar. Esa presencia masiva de las chicas en las calles y cómo se apropiaron de la demanda del derecho al aborto. Pero hasta que eso sucedió, lo que a

mí me daba mucha alegría o emoción era encontrarme de pronto en las marchas con alumnas mías diciendo “yo me hice feminista en el seminario...o en una charla que usted dio”. Es imposible que algo así no te de satisfacción.

Por otra parte, ¿cuáles son los desafíos que enfrenta hoy en día la antropología en general y la antropología feminista en particular en el actual contexto regional y local? No sólo en materia presupuestaria sino en lo que refiere, también, a los tópicos y problemas de investigación.

Creo que hay distintas concepciones de la Antropología Feminista dependiendo del contexto. En América latina no tenemos que olvidarnos de la desigualdad. Porque me parece que, a veces, desde la antropología se hace demasiado énfasis en la diversidad, en la diferencia, en las cosas que nos separan y no en las cosas que nos unen. Pienso que el concepto clave tiene que volver a ser desigualdad. En ese sentido, me parece interesante Manifiesto de un feminismo para el 99%, o que se hable de economía feminista, de la relación de las mujeres y la deuda. No porque no sea interesante hablar de afectos y cosas que por ahí resultan más atractivas, pero creo que hay que hacer las dos cosas. El desafío de la antropología es marcar la especificidad cultural, el respeto a la particularidad sin olvidar la desigualdad y propugnar una mirada que unifique en la lucha. Soy partidaria de las alianzas, que los grupos subordinados tienen que reunirse bajo objetivos comunes. Basta observar el impacto del Ni Una Menos o de la ola verde, unidas detrás de una misma causa, de un derecho. La historia va decantando ¿no? En cierto punto ha habido un sobre énfasis en las sexualidades, las agencias y las subjetividades y me atrevería decir que en antropología nos falta, y me incluyo, más conocimiento sobre economía política, políticas públicas y teoría del Estado. ¿Cómo pensar lo local sin pensarlo globalmente?

Tenemos ganas de dar a conocer algo del lado B de la práctica antropológica. ¿Nos podrías contar alguna anécdota de tu experiencia de trabajo de campo?

Una anécdota que conté en un artículo es cuando el pastor dijo “la señora, dice que va a escribir un libro, pero dice que no tiene religión, ¿lo vamos a permitir?” “¡NO, NO!” todo el mundo gritando y mirando hacia donde yo estaba en el templo. Al mismo tiempo, debo reconocer que me facilitó el campo al sugerir que aceptasen conversar conmigo y ser entrevistadas.

Otra cosa que es interesante cuando una investiga su propio ambiente es que una se enoja con las propias compañeras. Estás haciendo una entrevista y de pronto, primero, por ahí la informante se equivoca en una fecha y vos estás tentada de corregirla (entonces empieza una discusión si en tal manifestación pasó tal o cual cosa), pero la otra que me resulta más problemática es cuando se empiezan a explayar hablando en contra de personas que quiero. Ahí una tiene que pensar “*acá estoy como antropóloga, en todo caso después apago el grabador, nos vamos a tomar un café y lo charlamos*”. Esas cosas me pasan mucho ahora que estoy investigando el feminismo de los ´80.

Pensando en los jóvenes y las jóvenes investigadoras, tomando como disparador estas anécdotas y tu campo tan diverso de investigación que abarca desde el trabajo con mujeres pentecostales, las adopciones en Misiones hasta tu actual investigación sobre el feminismo en los '80, nos podrías contar cómo definiste o elegiste esos temas de estudio. ¿Cómo te movilizan e interpelan? ¿Qué sucede con esta antropóloga feminista en estos campos tan particulares?

Mi trabajo con mujeres pentecostales fue en la época de los '90 y una cosa que me impactó mucho era que conocía a mujeres, inclusive una íntima amiga de mi madre, que habían cambiado radicalmente su estilo de vida a raíz de la conversión. Me pregunté “¿qué pasa?”. Una cuestión personal que dirige nuestra atención. Por otro lado, había una ofensiva contra el pentecostalismo que me indignaba. Decían que le sacaban la plata a los pobres, pero nadie veía que yo que soy atea le tengo que aportar a la religión católica con mis impuestos. De hecho, uno de los obstáculos para entrar al campo, es que pensaban que podías ser una inspectora de lo que en ese momento se llamaba la DGI. Empecé a ir a pequeñas iglesias en Caseros y Palomar donde antiguamente vivía. Charlar, primero de manera informal, con mujeres del círculo de esta vecina de la cual me había impactado su conversión. Realmente me conmovió mucho porque veía la fragilidad, su pobreza en la mayoría de los casos y su emotividad entrando en trance durante las ceremonias. Me involucré afectivamente con muchas de ellas como nos pasa a muchas antropólogas.

En el caso de la adopción pasó algo similar. Me daba mucha bronca el sentido común y las acusaciones sin fundamentos (la frontera difusa, los extranjeros, el robo y venta de bebés). Y dije “¿por qué no estudiamos sobre el tema?, ¿por qué no nos comprometemos?” Lo que fue muy fuerte para mí era que quiénes estaba a cargo de ONGs no se atrevían a afirmar o sostener en privado durante las entrevistas, aquellas cosas que decían en los medios de comunicación. Cuando empecé a ir a Misiones me di cuenta de que, en realidad, se trataba de “la vieja adopción” para traerse “chicos blancos” y que las mujeres que daban en adopción ya tenían tres o cuatro hijos y querían que uno se “salvara”. Entonces me empecé a dar cuenta de cómo era el funcionamiento y que, como todos los temas de investigación, a partir de él podemos hablar de otras cosas: reproducción, parentesco, clase social, globalización, naturaleza -cultura, etc.

Con la actual investigación fue un deseo militante. Con toda la explosión Ni Una Menos, parece feo que lo diga tal vez, pero mucha gente pensó que todo comenzó allí y quería reconocer y visibilizar esa trayectoria. El derecho a disponer del propio cuerpo es algo que, por ejemplo, aparece el 8 de marzo del '84. Teníamos ganas de recuperar esta historia y así hicimos con Karin Gramático y Catalina Trebisacce un libro de divulgación que comienza con el feminismo en los '70, continúa con la dictadura y cubre los años '80.

Por último, si quisieras compartir algunas sugerencias, recomendaciones o alicientes para quienes están pensando en estudiar antropología o quienes se están formando en su carrera de investigación.

Para quien todavía no empezó, le digo que se arriesgue, que entre. No sé si van a conseguir mucho trabajo, pero la mente se va a abrir porque la mirada antropológica descotidianiza. Pensar que tanto los arreglos domésticos como los sociales son contingentes y podrían ser de esta manera o de otra. En todo caso tenemos que ver por qué es de esa manera y por qué de otra. Nos ofrece una visión que nos corre del lugar soberbio y del etnocentrismo. Creo que es una carrera que nos hace mejores personas si la tomamos en serio. Por otro lado, no me atrevo a dar consejos, pero si se quisieran dedicar a la Antropología Feminista, de Género y las sexualidades, que no pierdan de vista el movimiento. Yo sé las exigencias del sistema académico. Seguramente podría tener más libros escritos si no militara tanto, pero no se puede trabajar estos temas sin tener una pata en lo que pasa en la sociedad. Nos enriquece. Una antropología más vital, más conectada con la realidad me parece que es fundamental porque los movimientos sociales son productores de conocimiento. Eso es indudable.